

“ANOTHEN” O EL PORQUÉ SE BAUTIZÓ JESÚS

por: Esther Alonso

Todo ser humano, en algún momento dado habrá pensado ¡qué dura es la vida! Y según la vida que le haya “tocado” vivir lo pensará una, varias o demasiadas veces.

No resulta erróneo decir que existen tantas realidades como personas en la tierra. Si pidiéramos a cada una de ellas que nos contaran sus vidas tendríamos millones de versiones sobre lo bien o lo mal que les ha ido. Hecho el balance, unos dirían que les ha ido muy bien. En el lado contrario, la mayoría aseguraría que les ha ido muy mal. Y en el centro todas las gradaciones inimaginables con los porcentajes más dispares de medianías. Entre tanta variante ¿cuál sería nuestro balance personal?

Si lo vivido es bueno, opinaremos que lo recibido es lo justo porque “somos buenas personas” o que nos lo merecemos porque “nos lo hemos currado”. Pero si lo que experimentamos es malo, entonces calibramos si lo recibido va acorde con los resultados de nuestros actos, y no solemos quejarnos si a mayor error por nuestra parte, mayor dolor.

Sin embargo, nuestros esquemas se rompen en dos supuestos:

-El primero, cuando no vemos el equilibrio entre nuestras decisiones correctas y las consecuencias negativas que vivimos. Muchas veces padecemos por circunstancias que no hemos buscado y eso no sólo no nos gusta sino que nos indigna. Es entonces cuando en nuestra mente surgen cuestiones como éstas; ¿Por qué me ocurre esto a mí? “Yo no he hecho nada para merecer esto” o “Lo que me está pasando no es justo”. Y esta indignación se vuelve solidaria cuando juzgamos que hay otros inocentes que también son víctimas de injusticias.

-El segundo caso que nos provoca malestar y nos lleva a rebelarnos es cuando sufrimos por sucesos ajenos a nosotros o que nosotros no podemos controlar. Uno de esos acontecimientos es el nacimiento. Paradójicamente, que nosotros hayamos nacido ha dependido de otros; no hemos decidido ni fecha ni lugar, ni sexo ni familia. Nada es fruto de nuestros deseos.

Muchos pensaréis que el nacimiento es una efeméride alegre, una fecha señalada que celebrar. Pero ¿puede opinar lo mismo una niña que nada más nacer es asesinada, explotada o vendida? ¿o un niño con síndrome de abstinencia o con el VIH? ¿o tal vez un bebé tirado en un contenedor, maltratado o en el mejor de los casos abandonado? ¡Cuántos inocentes no les da tiempo casi a saludar a la vida que ya podrían decir: ¡adiós mundo cruel! Frente a estos innegables hechos surge la pregunta: ¿Por qué?

Y como si se tratasen de objetos defectuosos ¿a quién se le puede reclamar? ¿a quién pedirle cuentas?

El hombre ha tomado diversos caminos para poder entender estas contradicciones que podrían resumirse en cinco explicaciones generales.

La primera respuesta a esta terrible pregunta podríamos definirla como “la conspiración astral”. Es la opinión de los que piensan que nuestras vidas están escritas en las estrellas. Las personas que tienen el viento favorable es porque han nacido con buena estrella mientras a los que todo les va mal es porque, dicho en el lenguaje más coloquial, “están estrellados”.

Segunda declaración: “Yo no me puedo quejar, la vida ha sido generosa conmigo”. Éstos son los que “le dan gracias a la vida que les ha dado tanto”. Tal vez ignoran que igual ellos tienen tanto porque en el reparto la vida ha dejado a muchos otros maltrechos al restringirles a la opción única de escoger entre “susto o muerte”.

Un tercer grupo se conforma con algo aún más fortuito: “Lo que he vivido hasta ahora es lo que me ha tocado vivir”. Esta frase expresa lo que muchos seres humanos desean y es fijar sus esperanzas en que la casualidad no sea esa desgracia imprevista que todos rehusamos sino que con los dedos cruzados y echando mano de muchos amuletos y supersticiones la suerte les sonría y tengan un golpe, pero de fortuna.

Cuarta reflexión: “Haga lo que haga, no importa. Lo que tiene que ser será”. Esto lo dicen aquellos a los que el azar no les acaba de convencer por lo aleatorio y fugaz de sus efectos. Y aunque en ambos casos ellos se consideran como simples juguetes sin posibilidades de actuar sobre sus propias vidas, los últimos se inclinan a pensar que todo está decidido de antemano. Según los antiguos griegos y romanos lo llamarían Hado, ese dios que disponía lo que había de suceder. Ahora se cree más en que se trata de una fuerza desconocida que obra irreversiblemente sobre dioses, hombres y sucesos, un encadenamiento de sucesos necesarios y fatales que podrían serle al hombre favorables o adversos. El definido como Destino que marca al hombre ya antes de nacer y que nada puede hacer por cambiarlo. Es la predestinación fatalista.

La quinta y última declaración traslada al papel las palabras de Chris y Susan Spiegel, en relación a los dramáticos fallecimientos de sus tres hijos, dicen: “Es como si Dios nos hubiera dicho: *Os quité a vuestros tres hijos, pero ahora os devuelvo tres más*”. Esta explicación es la creencia que echa mano de la Providencia, aquella que habla de la previsión y cuidado que tiene Dios de sus criaturas. No olvidemos el gran número de fervientes que su fe le lleva a asegurar

que Dios, que está por encima de todo, es el que “permite” que las cosas sucedan, sean éstas buenas o malas.

De estas cinco posibles explicaciones, nosotros por cercanía escogeríamos la última. Somos creyentes y no podemos aceptar las anteriores. ¿Pero acaso sí podemos admitir la quinta?

Considerar a Dios como dador de todo lo bueno resulta fácil y evidente. La Biblia está llena de las promesas de bendición que Dios asegura que dará a los hombres. Pero cuando viene la desgracia; ¿nos resultan útiles las explicaciones que se manejan en el mundo cristiano? ¿son aquellas que nosotros manejamos para aliviar a las almas o a nuestros propios corazones rotos?

Cuando vemos el sufrimiento que hay en el mundo, la maldad campando a sus anchas, cuando constatamos cuánto padecen muchos inocentes mientras vemos progresar a los impíos a pesar de su mal proceder, nos hierve la sangre. Observamos como Job, que a lo largo de todo el capítulo 24 declara la alevosía de los incrédulos, grita: *Desde las ciudades gimen los que mueren, el herido de muerte pide auxilio ¡y sigue Dios sordo a las súplicas!* (Job 24:12). O decidimos como David, en el salmo 73, versículos 2 y 3: *Por poco mis pies me extravían, nada me faltó para que mis pasos resbalaran, celoso como estaba de los insensatos, al ver la paz de los impíos.*

-¿Cómo reaccionamos nosotros?

-¿Gritamos? ¿nos quejamos? ¿blasfemamos? ¿nos abandonamos en los caminos de maldad?

David se plantea la posibilidad de ser como ellos para ver si de esa manera la vida le sonríe: *Voy a hablar como ellos, dice (Salmos 73:15). Hasta el día en que (vers. 17) entré en el misterio donde su destino comprendí.*

Vuelto en sí nos aconseja en el salmo 37:

No te acalores por causa de los malos, no envidies a los que hacen injusticia (vers. 1). Vive quieto ante Yahvéh, espera en él, no te acalores contra el que prospera, contra el hombre que urde intrigas para tumbar al mísero y al pobre (vers. 7). Desiste de la cólera y abandona el enojo, no te acalores, que es peor... (vers. 8).

Por lo tanto, si no queremos volvernos como ellos, sólo nos queda una forma de obrar, el de imitar el ejemplo modélico de comportamiento humano frente al sufrimiento. Ser como “el santo Job”.

Todos consideran al patriarca como digno de admiración por su capacidad de soportar tanta desgracia y dolor, por su “santa resignación”. Parece que Job representa al perfecto creyente frente al sufrimiento; callado, con la cabeza agachada y recibiendo el aguacero con estoica paciencia, como si hubiera alguna

virtud en el dolor, como si el sufrir fuera un peldaño de perfección en la consecución de algún objetivo sublime.

Pero Job, ¿es tal como lo retratan algunos cristianos? En contra de la idea de un Job pasivo, resignado y conforme con la adversidad, la biblia nos muestra a otra persona muy distinta.

Frente al sufrimiento, todo ser humano se resiste porque sufrir es duro, agotador incluso, y hay muchos momentos en los que uno querría pasar página y descansar, por muy cristiano o creyente que se sea. Tomemos dos ejemplos:

- El profeta Elías cuando huye a Horeb después de la gran lucha con los profetas de Baal y la huída de Jezabel exclama; *¡Basta ya, Yahvéh! ¡Toma mi vida pues no soy mejor que mis padres!* (1ª Reyes 19:4).
- El citado Job dedica todo el capítulo 3 para definir lo funesto de su nacimiento: *Perezca el día en que nací...* (vers 3) *¿Por qué no morí cuando salí del seno, o no expiré al salir del vientre?* (vers 11) *¿Por qué no fui un aborto oculto, como los niños que no vieron la luz? Pues ahora estaría acostado y tranquilo, dormiría un sueño de reposo...* (vers 13-14).

Job sufre mucho y en absoluto se resigna. Su situación no le parece razonable ni justa. En los capítulos 7, 9, 10, 16, 23 entre otros, vemos a Job argumentar con Dios. El patriarca clama a Dios y al mismo tiempo manifiesta su rechazo de las corrientes de pensamiento de la época desarrolladas en los diálogos de sus amigos. Job sabe que es inocente y que está sufriendo por algo de lo que no es culpable (capítulo 31). Job se movilizó contra el mal, el dolor y la injusticia, refutó a los hombres y entró en diálogo con Dios. *Y en todo lo que habló no pecó Job con sus labios* (Job 2:11).

Dicha esta afirmación, quiero retomar las palabras de los padres que perdieron a sus tres hijos: “Es como si Dios nos hubiera dicho: *Os quité a vuestros tres hijos, pero ahora os devuelvo tres más*”. Esta declaración es la expresión particular del refrán “Dios aprieta pero no ahoga”. Como si tras el sufrimiento enviado del cielo existiera alguna clase de compensación divina o premio por el mal soportado. Aún en un libro más antiguo que el refranero se registra una idea semejante y muy extendida:

Job 1:21 ... *Yahvéh dio, Yahvéh quitó: ¡Sea bendito el nombre de Yahvéh!*

Job 2:10 ... *Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal?...*

Aunque la fe de Job en Dios era inquebrantable, sin embargo creía que de Dios provenía tanto lo bueno como lo malo. Este concepto dualista ha pervivido a lo largo de los siglos, tanto en las creencias de los pueblos de la antigüedad como en las diferentes corrientes del cristianismo. Y pese a algún que otro matiz diferenciador, tal como nosotros manejamos hoy el lenguaje, yo diría que este pensamiento sigue muy vigente.

-Cuando alguien muere se suele escuchar: “El Señor se lo ha llevado”.

-Si ocurre alguna desgracia, solemos decir: “Dios lo ha querido así”, “Ha sido la voluntad de Dios”, “Si lo ha permitido será por algo”

“Yavéh dio, Yavéh quitó, es su voluntad”; típica expresión de resignación cristiana, no pronunciada únicamente por Job sino también por su gemelo Benjamín Schmolck. Gemelo en cuanto a vivencias. Vivió en el siglo XVII. Era pastor alemán. Este hombre sufrió mucho, creo que si hubiese medida le rebosaría, más que a Job. Un incendio que asoló su parroquia dejó en ruinas su hogar y los hogares de los suyos. Además murieron su esposa y sus hijos. La enfermedad lo dejó postrado y ciego. Bajo ese alud de desgracias dictó estas palabras: “Cristo tu voluntad, hágase siempre en mí. Lo haré con lealtad y en ti yo viviré. En medio del dolor o en medio de la paz, me rodeará tu amor y la gloria de tu faz”. Estoy convencida de la confianza en Dios de este hombre, lo que no tengo tan seguro es que entendiera la voluntad de Dios. ¿Cuántos sucesos nefastos son “voluntad de Dios”?

Y ¿qué decir en cuanto al concepto de “permitir”? “Dios lo ha permitido”. Que frase más manida y terrible. Al utilizar el verbo “permitir” estamos dando a entender que Dios da su consentimiento para que lo malo ocurra porque, siguiendo razonamientos humanos, consideramos que tal vez Dios consienta el mal por algún bien mayor o por algo que nosotros no sabemos pero que Él en su infinita sabiduría ha dispuesto. Pero esta teoría nos salpica la cara cuando lo que sucede es escandalosamente horrible. Entonces, casi como para disculpar a Dios decimos que Él no lo impide o evita aunque sin voluntad directa de ello.

El hombre tiene la costumbre de pensar que el tener conocimiento de un hecho y sus consecuencias conlleva implicación. Esto se afirma como si se tratara de un axioma, pero no es así. Toda la responsabilidad personal termina donde comienza la libertad de otro. Por ejemplo, que yo sepa que alguien fuma y puede tener problemas de salud no me hace a mí responsable, ni puede decirse que lo permito. Simplemente tengo que aceptar la elección del otro aunque su decisión no me guste, porque lo ha hecho siendo dueño de su libertad.

Creo que no se conoce bien a Job y tampoco se conoce bien a Dios. Como nosotros ahora, Job se da cuenta de su error y dice: *Sé que eres todopoderoso: ningún proyecto te es irrealizable. Era yo el que empañaba el Consejo con razones sin sentido. Sí, he hablado sin inteligencia de maravillas que me superan e ignoro. Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos. Por eso retracto mis palabras, me arrepiento en el polvo y las cenizas* (Job 42:2-6).

Os invito, a través de esta pequeña reflexión escrita, a conocer mejor a Dios para poder repetir estas mismas palabras.

¿Cuál quiso Dios que fuera el destino del hombre?

¿Cuál es de verdad su Voluntad?

¿Permite que las cosas sean como son?

¿De qué es Dios responsable?

Con un amor que no podremos nunca llegar a entender, Dios determinó de antemano (gr. *proorízo*) al hombre, lo predestinó para un fin glorioso.

Romanos 8:29 *Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera Él el primogénito entre muchos hermanos.*

Efesios 1:4-6 *Por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser hijos adoptivos por medio de Jesucristo, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado.*

Dios creó a Adam (varón y varona) y los puso en el Edén para que fuesen felices, como una extensión de su ser creador. Quería que compartieran proyectos, tiempo y futuro en su compañía, y mediante una continua relación con Él vivieran eternamente y se perpetuaran. Así fueron las cosas en el origen. Nada cambió por parte de Dios, ni su plan original ni su amor.

Pero fue el hombre quien cambió este proyecto, su propio destino y la relación con quien hasta entonces había considerado como su Padre. En lugar de valorar su relación con Dios y de confiar en sus palabras y en los continuos actos de bondad de su Hacedor, oyeron las palabras de quien no buscaba su bien. Satanás *que es mentiroso y padre de mentira porque no hay verdad en él, cuando dice mentira, dice lo que le sale de dentro* (Juan 8:44) los engañó y creyeron en el *de ninguna manera moriréis* (Génesis 3:4).

Dios quería que sólo conocieran el bien y la felicidad y si confiaban en Él vivirían eternamente en su compañía. Pero el hombre escogió ser como Dios y en eso lo fue. Junto al bien, conoció y experimentó lo que era el mal y sus consecuencias; el sufrimiento y la muerte. Adán y Eva cortaron su conexión con la Vida y sus beneficios. Dios los había creado con libre albedrío y capacidad de elección y ejerciendo ese derecho rompieron el orden divino y los verdaderos deseos de Dios para el hombre.

Por su elección equivocada el ser humano perdió:

1º Su confianza en Dios. Pasaron de creer en sus palabras a esconderse y temerle; *Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvéh Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvéh Dios por entre los árboles del jardín* (Génesis 3:8).

2º Su naturaleza, hasta entonces perfecta, experimentó un cambio y con él el declive hasta la degradación total; *Entonces se les abrieron entrambos los ojos y se dieron cuenta que estaban desnudos* (Génesis 3:7), *...eres polvo y al polvo tornarás* (Génesis 3:19).

3° Se desconectaron del Padre de Bondad para crear, mas que lazos, ataduras con el que se convirtió desde entonces en su señor, ...*los lazos del Diablo, que los tiene cautivos, rendidos a su voluntad* (2ª Timoteo 2:26).

4° Adán y Eva perdieron su destino eterno y su tiempo quedó limitado. Y con ellos el de toda la humanidad. Por su elección, cada ser humano desde ese momento quedaría marcado desde su nacimiento, acontecimiento que lo condicionaría de forma particular junto a su herencia familiar, su entorno social y sus circunstancias. Dios había dado a Adán y Eva libre albedrío pero ellos nos quitaron a nosotros la posibilidad de elegir ¿No os parece injusto?

Adán y Eva han marcado mi vida: Yo no he podido elegir mi sexo ni cuándo nacer. Aunque he tenido suerte con los padres que “me han tocado” y el país donde vivo, muchos no pueden decir lo mismo. De mi nacimiento natural y todo su bagaje, que es la herencia que a cada uno de nosotros nos dejaron nuestros primeros padres, no puedo hacer responsable a Dios sino a Adán y Eva y el resultado de su decisión. Y que sea justo o no a Satanás no le importa. Después de su elección equivocada, Dios podía haberlos abandonado a “su suerte” y también a nosotros. Pero no lo hizo, seguíamos siendo sus hijos. Nos amaba y por lo tanto su plan original no cambió.

Sin embargo, mucho había cambiado en el hombre. Como descendiente de Adán y Eva, estoy condenada nada más nacer. Como bien lo expresa Pablo: *Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres...* (Romanos 5:12) ¡Pobre de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte? (Romanos 7:24). Esta es la terrible y angustiosa pregunta del ser humano.

La misma que se hacía en su interior Nicodemo cuando va a citarse de noche con Jesús. No la expresa verbalmente sino que la lleva en su corazón. Pero el Señor que todo lo ve, le contesta lo que de verdad le preocupaba: *En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios* (Juan 3:3).

¿Cómo puede uno nacer siendo viejo? (Juan 3:4), arguye entonces Nicodemo.

Con este interrogante, el principal de la sinagoga comete un error muy común. En realidad está preguntando qué puede el hombre hacer para cambiar lo que a todas luces parece irrealizable. La respuesta es obvia. Si para el nacimiento natural uno no puede hacer nada, con el **another**, el nacimiento de lo alto, tampoco puede hacer nada. Nicodemo no entendió las palabras de Jesús que son el germen de la salvación del hombre: *En verdad, en verdad te digo: el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de los Cielos* (Juan 3:5). Porque el que no nace de lo alto en realidad no ha nacido. Con Adán y Eva recibimos únicamente un destino, el del nacimiento natural; y ese destino es la muerte. Una muerte que en ningún caso es un castigo de Dios por la caída del hombre, como muchos quieren entender en las palabras de Gen 3:19. La

maldición que declara no viene de su parte sino que es la recompensa segura del pecado, es el regalo envenenado del diablo; *pues el salario del pecado es la muerte...* (Romanos 6:23).

Ésta fue su realidad y es la nuestra hoy, y nosotros no la podemos cambiar. ¿Ha sido la voluntad de Dios? ¿Dios ha querido que las cosas fuesen así?

Por nacer en este mundo ya recibimos el paquete completo: sufrimiento, injusticias y finalmente la muerte. Su Palabra nos dice que Dios no quiere y nunca ha querido eso. Dios no desea la muerte de nadie, ni siquiera de los que no creen en Él pues todos son sus hijos; *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad* (1ª Timoteo 2:4), *...no queriendo que algunos perezcan sino que todos lleguen a la conversión* (2ª Pedro 3:9). Él quiere nuestro bienestar, nuestra felicidad. Y nosotros también. Descontentos con el mundo en el que vivimos oramos a Dios para que las cosas sean de otra manera. Le pedimos que nos proteja, que nos evite sufrimientos, que nos sane de algunas enfermedades terribles, etc.... La lista es inmensa. Cuando Jesús estuvo en la tierra hizo muchos milagros y aún los hace. Pero en realidad ese no era ni es su objetivo (Lucas 4:18 y 19). Para evitar muchas de las consecuencias de los males que trae la herencia del nacimiento natural tendría que estar constantemente interviniendo en un terreno que por libre elección por parte Adán y Eva perdieron para Dios. Es territorio conquistado por el enemigo y ahora está en sus manos, bajo su dominio.

Para Dios no son suficientes los pequeños cambios que le pedimos aunque para nosotros sean hechos prodigiosos. En realidad lo que desea es un cambio definitivo que destruya el mal y sus consecuencias funestas. Y eso de momento sólo puede ocurrir en el ámbito de lo personal cuando el ser humano, de forma privada y particular decide cambiar su destino al pedirle a Dios poder nacer de lo alto (another). Y al final de los tiempos destruir definitivamente al diablo y su gobierno del mal. Mientras tanto, Satanás seguirá obrando en este mundo y provocando gran dolor e injusticias, especialmente graves en los inocentes. Pero ésta es la práctica habitual en él. Lo ha hecho a lo largo de los siglos con personas como Job y con el que de hecho es el único inocente: Jesucristo.

Jesús cuando vino como hombre, fue tratado como el resto de los humanos. Satanás tampoco lo respetó. Fue especialmente cruel, tirano e injusto con él. Desde que Jesús nació fue objetivo del diablo. Lo quiso matar en varias ocasiones (Mateo 2:13; Lucas 4:28-29; Mateo 5:18; Mateo 13:27...), buscando su desgracia a lo largo de su vida. Y como a Adán y a Eva le hizo la misma oferta. No tenía por qué sufrir, *...di a esta piedra que se convierta en pan* (Lucas 4:3); todo sería suyo si le obedecía: *Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos porque a mí ha sido entregado, y se lo doy a quien quiero. Si, pues, me adoras, todo será tuyo* (Lucas 4:6-7). Con un sólo acto de fe en él, Satanás le daba el mundo. Pero así como nuestros primeros padres creyeron en sus palabras y aceptaron su propuesta, Jesús no lo hizo. Él prefirió seguir confiando en las palabras de su

Padre. Jesús prefirió la oferta divina. Cuando Jesús nació como hombre, Satanás le brindó lo que su herencia conlleva. Parecía una oferta fascinante, generosa, como todas las que el diablo enmascara entre brillos y algodón, sensualidad y misterio. Pero aunque todas las promesas de Satanás son lisonjas, Jesús no se dejó engañar. Él prefirió los frutos del nacimiento de Dios.

Y es en este contexto cuando estamos en disposición de entender el porqué del bautismo de Jesús. Son muchas y profundas las implicaciones del bautismo, especialmente en su gran trascendencia para los hombres. Pero ¿por qué habría de hacerlo alguien que era perfecto, recto de carácter y puro de corazón? Se dan algunas explicaciones; como muestra de la filiación con el Padre, como comienzo de su ministerio, para recibir el poder del Espíritu Santo, etc. Todas son válidas, aunque el razonamiento más popular es que lo hizo para darnos ejemplo.

Sin embargo, opino que no se ha tenido en cuenta el que, según mi criterio es el motivo fundamental.

Jesús se bautizó porque, como hombre tenía que escoger a quien servir. En similares circunstancias a las de Adán tenía que elegir entre dos señores. En quién pondría su fe, a quién creería y serviría. Jesús en el cielo, como Dios soberano, había escogido rescatar al hombre. Pero en la tierra, como hombre, también debía tener la posibilidad de escoger su destino y herencia, la que nos fue negada a nosotros por Adán. Si Jesús como humano no hubiera tenido la opción de decidir paternidad y misión, hubiese sido un ser predestinado. Y eso Dios no lo acepta para nadie, pues el libre albedrío lo dio como un don para todos. Muchos creen que en el plan de salvación todo estaba decidido. En el deseo de Dios sí, pero hasta el momento de su bautismo, Jesús no había ratificado su posición definitiva. Y el vértigo está entonces en saber que podía haberse equivocado, como Adán, en su elección. Pero no lo hizo. Frente al cielo y a la tierra tenía que quedar manifiestamente claro que no existía imposición alguna para Jesús como hijo del hombre, que su decisión era personal y voluntaria.

Jesús se bautizó porque, como hemos analizado, no se conformó con el nacimiento natural y su herencia. Él escogió públicamente y sin lugar a dudas el *another*, el nacimiento de lo alto, el que lo vinculaba con el cielo, haciéndolo heredero de la promesa y recibiendo el espíritu de Dios. En lo que Adán falló, Jesús venció: en tomar la decisión correcta. Puso toda su confianza y voluntad en su padre eterno y quiso, por encima de todo la filiación divina, la que Adán perdió. Y así como por la elección de Adán su herencia llegó a ser la mía, por la elección de Jesús la herencia de Dios puede llegar a ser la mía. *Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo (1ª Corintios 15:21 y 22).*

El nacimiento de lo alto de Jesús nos devuelve a nosotros la posibilidad de elegir. Nuestro destino ya no es la muerte si no lo queremos así porque Jesús me brinda la otra opción perdida. Ahora estoy en igualdad de oportunidades. El descendiente de Adán puede escoger porque frente a él vuelven a aparecer los

dos caminos. La vía única de Adán se bifurca con Jesús. Por eso éste le dijo lo siguiente a Juan el Bautista cuando no entendía cómo le pedía que le bautizara: *...conviene que así cumplamos toda justicia* (Mateo 3:15). Jesús con su bautismo transformó una injusticia del mal en un acto de justicia. El de devolver a cada ser nacido en esta tierra y sin opción, la oportunidad de escoger. Anóthen, nacer de lo alto, es el bautismo que implica nacer a una nueva vida, a la que Dios quiso siempre dar al hombre, *el don gratuito de Dios, la vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Romanos 6:23). El don que Adán perdió nos es devuelto en Cristo. Ahora no tenemos que conformarnos con la vida que “nos ha tocado”, esa vida dura, difícil e injusta. Dios te brinda la oportunidad de su nacimiento y la herencia de ser hijos de Dios por la eternidad. Te la ofrece gratuitamente. Sólo tienes que confiar. Por eso *el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar el reino de Dios* (Juan 3:5). De modo que *el que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea se condenará* (Marcos 16:16). Sin bautismo no hay posibilidad de vida eterna porque sin esa decisión consciente y voluntaria, la puerta que se cerró en el Edén, no dejamos nosotros mismos que sea abierta (Juan 10:7; Efesios 2:18).

Volvamos a la conversación de Jesús con Nicodemo: *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Juan 3:16). Este hermoso texto que todo cristiano conoce y puede incluso recitar tiene que ser leído y explicado únicamente en este contexto, el del nuevo nacimiento. De cualquier otra manera se llegarán a conclusiones distorsionadas o erróneas. Sigue diciendo, *no ha enviado a su Hijo para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por él* (Juan 3:18). Dios da a su hijo para que su elección me abra a mi otra vez la posibilidad de optar libremente por su nacimiento y herencia, es decir, para que escoja la vida. Sin embargo este texto ha sido mutilado y adulterado pues en la mente de muchos creyentes las primeras palabras del versículo se ven asociadas a la muerte de Jesús y no a su bautismo. Al leer éste versículo, se tiene el pensamiento muy generalizado de entender:

“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que muera por nosotros y tengamos vida eterna”.

No sé cuántos de los que estáis leyendo estas líneas celebráis la Semana Santa.

Espero que a nadie ofenda si digo que yo no la celebro nunca. ¿Cuál es el motivo? Celebrar es participar del recuerdo de un hecho alegre, agradable y positivo. No sé que recuerdo feliz o santo puede celebrarse durante esos días. Respeto las creencias de todos y sus formas de adorar, pero no las puedo compartir. Celebrar la semana santa es venerar el acto más vil jamás vivido; el juicio, maltrato y muerte más injustos que el mundo haya podido ver. Celebrarlo es participar de ello. El fervor lleva incluso a representarlo cada año. Unos hechos que fueron provocados, manipulados y guiados por el diablo, que como lo define la Biblia es *el mayor homicida*, son atribuidos a la voluntad de Dios. La herencia de la muerte no es la voluntad de Dios (1ª Corintios 2: 7 y 8). Él lo aceptó para que

se viera la obra de la iniquidad, para que la crueldad e injusticia de Satanás fueran palpables a los ojos de los hombres y de todo el universo.

Sin embargo tengo mucho que agradecer a Dios y a Jesús por aceptar pasar por ello. Jesús así venció al diablo y con ello a la muerte (Génesis 3:15; Apocalipsis 1:17 y 18) arrancando de la cruz el quebrantamiento de mi corazón y un deseo de reconciliarme con mi verdadero Padre (Romanos 5:10). Y si queremos recordar lo que Jesús fue capaz de soportar por amor al hombre y no recrearnos en lo que le hicieron, dejemos los vía crucis, las flagelaciones, las penitencias, las representaciones de la crucifixión que son las armas del diablo y participemos de un rito que el propio Maestro instauró con ese fin: la Santa Cena. Como dice Pablo en 1º Corintios 11: 26; *Pues cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga*. Al participar de estos emblemas nos apropiamos, por su gracia, de la vida y la victoria de Jesús.

Por tanto y para terminar me gustaría recordar que el versículo Juan 3:16 se enmarca dentro del contexto del nacimiento de lo alto. Que gracias a la elección de Jesús a través de su bautismo, en lugar de recibir la herencia de Adán, Dios me va a dar, por su gran misericordia, la vida eterna si tan sólo deposito mi fe y confianza en él (Efesios 1:11 al 14). Es el mismo mensaje que le quiso transmitir a Nicodemo.

Cuando a partir de hoy sufras o vivas momentos difíciles, cuando las circunstancias te parezcan adversas e injustas, levanta tu rostro y mira a lo alto. Recuerda que esos son los dones del diablo, los frutos de su herencia. Aunque Satanás siga utilizando sus armas contra ti, Dios ya te brinda la herencia del "another". Si ya has nacido de lo alto, renueva tu elección. Si no lo has hecho, hoy es el momento. Mi deseo para todos es que a pesar del dolor caminemos por este mundo como quien va camino del cielo hacia la herencia incorruptible y eterna que nos regala nuestro Padre;

...Soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio, ayudado por la fuerza de Dios, que nos ha salvado y nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia que nos dio desde toda la eternidad en Cristo Jesús, quien ha destruido la muerte y ha hecho irradiar la luz de vida y de inmortalidad por medio del Evangelio 2ª Timoteo 1: 8 al 10